XXIV

BELONA

Al aproximarse la clausura de la Exposición se siente pena; ¡cuánto edificio sentenciado á desaparecer! Uno de los más importantes y hermosos, el pabellón de los *Ejércitos de mar y tierra*, donde se expone el gran quebradero de cabeza de los Estados modernos. En medio de la serenidad de este pacífico certámen, del bullicio y la alegría estrepitosas de la Feria, el blanco Palacio de Belona y el rojo y sombrío torreón de Schneider, con su enorme cañón apuntado, profieren doble y siniestra amenaza. Nos recuerdan la Fuerza, ley terrible á que vive sometido el mundo, y de la cual no sabemos si logrará emanciparse.

Nunca se habrá visto reunido tan vasto Museo militar como aquí. Moderno y retrospectivo, tierra y mar, todo cabe en el palacio, y la

instalación aparte de Schneider, la manufactura del Creuzot, no es sino un rasgo de coquetería bélica de la nación francesa, emulada por el pabelloncito de Rusia. La arquitectura del Palacio corresponde á su objeto: tiene reminiscencias de fortaleza; la circuyen almenas y la guarnecen torreones. La portada, que da al río, es de imponente carácter, con su recia barbacana, sus cortas y robustas columnas, sus estatuas ecuestres de paladines, sus puertecillas laterales cuyo dintel soporta un león, su franja de escudos cercando el tímpano, y sus figuras de guardianes á pie, armados de punta en blanco. Las escalinatas, los pabellones al costado, ofrecen el mismo sello de nobleza. ¡Lástima grande que no estén labrados en granito! A la vuelta de dos meses, este edificio (que recuerda, en vastas proporciones y desarrollo, la encantadora torre militar de Belén en Lisboa), será un hacinamiento de ripio y polvo.

Dada la situación especialísima en que se encuentra Francia desde la guerra de 1870, se supone que no había de dormirse tratándose de ciencia militar. No tengo competencia para decidir si Francia aparece á mayor altura en este ramo que su natural enemigo, que ya casi va dejando de serlo, el Imperio germánico; y, por otra parte, del estado *actual* del armamento y aprestos de guerra alemanes poco averiguaríamos en la Exposición, pues Alemania ha tenido buen cuidado de no enviar sino lo ya conocido, reservándose celosamente, como el

sultán la odalisca predilecta, todo lo nuevo. En Francia, á pesar del forzoso retraimiento oficial, hay deseo de aparecer con el lucimiento posible.

Una de las iniciativas particulares de Francia es la Sociedad de Municiones de Caza, Tiro y Guerra. Esta Sociedad tiene su Museo retrospectivo, que empieza en el fusil de chispa, con objeto de que resalten los cartuchos de precisión que se fabrican ahora. No esconde ningún modelo la Sociedad: su carácter extraoficial le permite publicar las últimas novedades en cartuchos, petardos, mezclas detonantes y demás amenidades destructoras.

Francia, en efecto, se vale de un subterfugio: el Gobierno, ó mejor dicho el Ministro de la Guerra, no es expositor; si lo fuese, no consideraría lícito presentar el nuevo material, y tendríamos (tendrían los aficionados, quiero decir) una Exposición militar anticuada. ¡Se hacen antiguas tan pronto esas formidables máquinas que cuestan á los pueblos toda la sangre de las venas! Recuérdese lo dicho de los automóviles; considérese la marcha acelerada de las ciencias, de la mecánica especialmente... y vendrá un desaliento profundo. ¡Inventar, fabricar, consumir millones de millones... y saltar otro invento que inutiliza el anterior! Ni en Guerra ni en Marina es posible hoy detenerse un segundo. Guerra y Marina realizan el mito del judío errante.

También en Guerra el automóvil está llamado á hacer una revolución. Como los globos,

como los reflectores eléctricos, inmensos ojos de negro cerco y lumínica pupila,—ojos de buitre, en la Exposición apagados, pero que nos miran con glacial desdén, recordando á los españoles horas luctuosas,—el automóvil es una máquina militar. En el ejército alemán se practican actualmente reiterados ensayos de automovilismo. Inglaterra ha surtido de automóviles á sus tropas del Transvaal. Así se han ahorrado caballos y mulos. Aseguran que, merced al automóvil, queda resuelto un gran problema militar: el de los transportes.

Los cañones siguen progresando. No se adivina dónde van á detenerse el tiro rápido y el alcance. Ya existe un modelo, no francés, sino yanki—idea de aquel pueblo que, como creo recordarán mis lectores, no era sino un hato de tocineros y no sabía de cosas militares—que alcanza (el cañón) treinta y cinco kilómetros; de suerte que Inglaterra y Francia, con el tal modelito, podrán bombardearse de costa á costa muy á gusto sin necesidad de pasar el estrecho; aunque no falta quien considere de puro lujo este cañón, por la imposibilidad de apuntar y por la curvatura de la tierra.

Como los profanos en arte militar sólo en conjunto apreciamos la importancia de lo que cada nación expone, no entro en detalles. Rusia, la aliada de Francia, se ha presentado aquí armada hasta los dientes y con gran aparato bélico. En ingeniería militar, en sanidad, en alumbrado eléctrico de campaña, en material de artillería, en aerostación, en modelos de

buques de guerra, cruceros, acorazados y torpederos, Rusia trae mucho y muy bueno. No contenta con lo expuesto en el Palacio, tiene de añadidura un pabellón especial, donde exhibe los productos de sus fábricas de armas y de las escuelas militares rusas.

Alemania, aunque oculta el ojo del boticario —lo fresquito de la fábrica de Krupp, eterna rival de Schneider y de esos célebres hornos del Creuzot, memorables en la historia del socialismo—presenta notables muestras de ingeniería naval. Inglaterra sostiene bien aquí su pabellón, bastante decaído en otras secciones, con los proyectiles y armamento de Birmingham. Si interpretamos lo que esconde y lo que luce cada nación, leeremos en sus intenciones como en un libro. Por ejemplo: Alemania cree hoy que su porvenir está en la marina; desea convertirse en potencia colonial y se consagra á ello. No sólo construye para sí, sino que sus astilleros surten á varias potencias, y los periódicos se fijan en que, por curiosa coincidencia, del más bonito y rápido modelo del crucero torpedero que exhibe Alemania, construyó cuatro ejemplares para la China.

Horas después de mi visita al palacio de la Guerra, me decía un escritor de altísimo vuelo, patriota á su manera seria y ática, que las naciones de expansión subyugan países á fin de encontrar mercados para la industria y la producción nacionales, y lo primero que venden á los países subyugados son armas con que se emancipan ó se defienden. Los chinos ya

no pelean como en tiempo de Palikao, armados con dragones de cartón. Los boers sorprendieron á sus invasores, apuntándoles con los cañones de tiro rápido que he visto en el pabellón de Schneider. No hay nación, cualquiera que sea el enigma de su porvenir, que no trate de perfeccionar su ejército y marina. Ya que cuestan tanto esos dos organismos, que sean fuertes y pujantes. Aparte de las grandes naciones militares, Rusia, Alemania, Francia, Inglaterra, otras de menor importancia, como Turquía y Austria-Hungría, hacen en Guerra excelente papel. Hasta Portugal—que después de tanto burlarnos de *O terror dos mares,* hoy posee una Marina superior á la nuestra—se presenta bien en el pabellón de los Ejércitos... Y ahora, un párrafo seco, lo menos adjetivado posible. Suponía yo que España habría expuesto, pero no encontraba la instalación por ninguna parte. Dí dos vueltas á la manzana, y acerté. El envío de España es una cristalera como de tres metros de alto, y en sus tres estantes se acomodan tres roses, doce condecoraciones y quince ó veinte puños de espadas y sables de honor. A derecha é izquierda de la cristalera, dos mapas con los uniformes del ejército español, entre los cuales figuran todavía los que usaban nuestras fuerzas en la isla de Cuba.

.....??

Nada más. ¡Ah! Se me olvidaba. Las condecoraciones y puños de espada que exponemos no son de fabricación española. Ni sombra de comentarios.

XXV

NATURALEZA... CON ARTE

Llueve; los días de lluvia están tristes los demás Palacios, pero los de horticultura se esponjan y refrescan, desperezándose en el húmedo ambiente. Es día de concurso ó certamen de flores—uno de los doce que comprende la Exposición—y acaban de colocar en sus casillas millares de rosas, para disputarse el premio, los grandes *rosistas* de Francia.

He dicho que en esta Exposición están muy equilibrados los elementos de la cultura humana y de la civilización moderna; y como la vida campestre es uno de los ideales del siglo, y á cada paso nos ponemos más en contacto con la Naturaleza benéfica, dulce y reparadora, vamos influyendo en ella, como ella en nosotros. La exhibición de flores y frutos que admiro, es victoria del arte sobre la Naturaleza; es también, en su género, obra artística.